

religiosos de sus monasterios : en una palabra , llegó á tal punto el desórden , que á pesar de lo infatuado que estaba Soliman con el mahometismo , se indignó y escandalizó cuando tuvo noticia de aquel trastorno. Escribió á la Reina que sofocase al momento unas novedades que no podian menos de causar la ruina de la religion y la del reino ; que tenia á la vista los asesinatos , latrocinios , sediciones y guerras civiles á que daba lugar en Alemania aquella secta perniciosa ; y que si no contenia semejantes atentados restableciendo inmediatamente la religion de sus padres , no solo la privaria de su proteccion , sino que se declararia por enemigo suyo. Sorprendida y consternada la Reina , concedió por temor lo que no habia conseguido la voz de la obligacion. Revocó el edicto de Torga , y substituyó en su lugar otro enteramente contrario. Pero el mal era ya incurable , porque el cuerpo de la nacion estaba inficionado con aquel veneno fatal , de que es fácil preservarse por varios medios , pero una vez introducido , es poco menos que imposible dejar de experimentar para siempre sus efectos.

20. Mientras que las antiguas posesiones de la Iglesia gemian de este modo en medio de los disturbios y desolaciones , continuaba propagándose el Evangelio con una rapidéz increíble en las estremidades mas remotas del Asia , sin emplear otros recursos que los que sirvieron para su establecimiento primitivo (1). Francisco Javier , sin fuerzas , sin bienes de fortuna , dotado del único don de la palabra ,

(1) *Maff. Hist. Ind. = Orland. = Tursell. = Bouh. l. 5. et 6.*

ó por mejor decir , de la virtud de Dios , el cual la ponía en su boca cuando lo exigía la necesidad ; Javier , arrojado por un corsario entre los japones idólatras como una oveja en medio de los lobos , armado únicamente con la cruz y con una imágen de la Madre de Dios , y sin mas compañía que dos hermanos de su religion y tres japones que habia convertido en las Indias , se dirigió al palacio del Rey de Sajuma , habiendo dispuesto que se adelantase á dar noticia de él un compañero suyo que era natural de aquel reino. Al ver la imágen de la Virgen Madre de Dios con su Hijo en los brazos , que fue la primera cosa que presentó el precursor del santo apóstol , quedaron tan llenos de respeto el Rey , la Reina su madre y toda la corte , pareciéndoles que habia allí alguna cosa celestial , que se postraron á sus pies para rendirla homenaje. Dejóse ver despues el Santo tan deseado. La reputacion de su virtud y de sus obras maravillosas en las Indias , habia llegado antes que él. Fue Javier un objeto de admiracion. El Rey y la Reina le recibieron con unos honores de que no habia egemplar hasta entonces ; le dieron las pruebas mas extraordinarias de afecto , y le hablaron con tanto interés , que duró la conversacion hasta muy entrada la noche. El Rey , que era naturalmente curioso , como todos los japones , le hizo muchas preguntas acerca de las Indias , de las varias religiones que se profesaban en ellas , y en especial del culto que se daba al Dios nacido de una Virgen. El Santo satisfizo á todo con una uncion verdaderamente apostólica. Pero nada causó

mas admiracion al Rey y á su corte, que un hombre que habia ido allí desde otro mundo, atravesando tantos mares procelosos, no para coger el oro del Japon, sino únicamente para enseñar á los japoses el camino del cielo. No solo le concedió el permiso que pedia para predicar el Evangelio, sino que mandó espedir órdenes, en virtud de las cuales podian todos los sajumanos abrazar sin ningun temor una religion tan pura.

21. Viendo Javier unas disposiciones tan favorables para anunciar el Evangelio, se aplicó con el mayor empeño á ponerse en estado de predicar en japon. Sabia ya algo de aquella lengua por la comunicacion que habia tenido bastante tiempo con los tres japoses que le acompañaban; pero no la poseía de modo que pudiese esplicarse fácilmente. Aunque le habia comunicado Dios muchas veces el don de lenguas, hubiera creído el humilde misionero que seria tentarle si hubiese esperado recibir estos favores tan distantes del orden comun. Estudió, pues, el japon, como si no hubiera podido aprenderle de otro modo que por su propia industria; pero bendijo el cielo su trabajo en tales términos, que en menos de cuarenta dias se puso en estado de traducir la esplicacion del símbolo de los Apóstoles, que habia compuesto en las Indias, y de dar principio á la carrera brillante de su nuevo apostolado. Igual á éste fue en muchas ocasiones el fruto maravilloso de su estudio, poco distinto del don permanente de lenguas. Muy pronto se le oyó predicar en japon con tanta facilidad

y naturalidad, que parecia haber nacido en el mismo pais; y lo que es mas, sin haber estudiado nunca el chino, predicó al mismo tiempo en esta lengua á los muchos mercaderes de la China que comerciaban en el Japon. Pero aun es mas prodigioso el haber satisfecho con una sola respuesta á una multitud de personas que le preguntaban á un tiempo acerca de materias enteramente distintas, y tal vez contrarias unas á otras. Este prodigio, que es raro aun en el orden de milagros, se refiere en la causa de la canonicacion del Santo. Sin contar no obstante con unos favores que concede ó niega Dios segun le agrada, y disponiéndose al santo ministro con obras de piedad, de penitencia y de edificacion pública, tanto mas, cuánto los bonzos, que son como clérigos ó frailes del pais pero insignes hipócritas, se jactaban de sus austeridades, bien que solo eran aparentes, se abstuvo siempre de comer carne y pescado, y no usó mas alimento que raices amargas ó legumbres insípidas reblandecidas en agua. Cuidó el cielo con tanto esmero de la conservacion de su siervo, que en nada disminuyó sus fuerzas esta abstinencia escesiva.

22. Mientras se disponia así al ministerio apostólico, su compañero, el japon, que despues de haberse convertido se mudó el nombre de Auger en el de Pablo de Santa-Fe, trabajaba en la conversion de su familia. Su madre, su muger, su hija y muchos parientes abrazaron el cristianismo con gran fervor, y fue el Santo á bautizarlos. Despues de estas dichosas primicias, predicó Javier en la ciudad de Cangoxima,

donde las habia cogido, y convirtió inmediatamente un gran número de personas, entre los cuales habia dos bonzos, cuyo ejemplo dió un crédito muy singular al Evangelio. Pero como Javier no se descuidaba en manifestar las infamias de la profesion de aquellos impostores codiciosos, los cuales se enriquecian con la supersticion de los pueblos, resolvieron de comun acuerdo la ruina de los predicadores de la nueva religion; y despues de algunas tentativas inútiles para conciliarles el ódio ó el desprecio público, hicieron tales gestiones con el Rey, que le movieron á revocar su primer edicto, y á prohibir, pena de la vida, que se abandonase la religion japona para abrazar la de los bonzos de Europa. Aunque este peligro no hizo la menor impresion en los neófitos, pues antes bien se mostraron todos ellos dispuestos á sufrir el destierro y la muerte por Jesucristo, impidió la comunicacion de los idólatras con los misioneros: lo que obligó á estos á ir á buscar otros pueblos, á quienes pudiesen anunciar la verdad. Habiendo tomado todas las providencias posibles para confirmar y arreglar la nueva iglesia de Cangoxima, salió de allí el apóstol llevando consigo, segun costumbre, las cosas necesarias para el sacrificio de la misa, y pasó á la corte del Rey de Firando, cuyo comercio con los negociantes portugueses habia escitado los celos del Rey de Sajuma. Una de las mayores maravillas de nuestro santo taumaturgo, fue el que aquellos neófitos, apenas bautizados y sin mas auxilio humano que su propio fervor, se mantuviesen en

medio de la idolatría y de la persecucion, sin que ninguno de ellos titubease jamás en la fe. Al contrario, su vida egemplar convirtió un número tan grande de idólatras, que en poco tiempo se triplicó el de los cristianos; y variando el Rey sus disposiciones anteriores, porque no veía que tuviese otros vasallos mas virtuosos ni mas fieles, pidió misioneros al virey portugués de las Indias, para que predicasen en todo su reino una ley tan útil.

23. Encontró Javier en el camino de Firando una fortaleza ó castillo de un Príncipe particular, llamado Ekandono, que por su situacion admiraba á todos los pasajeros. Estaba edificada en la cima de un monte, ó por mejor decir, de un peñasco enorme, que por la parte de afuera presentaba un aspecto horrible, y por dentro era una morada deliciosa. Casi no habia mas que un palacio; pero de una magnitud inmensa, con pórticos, galerías y habitaciones infinitamente variadas, formado todo en la piedra, y trabajado con tanto primor, que parecia haberse vaciado en un molde, y no haberse hecho á golpe de cincél. Algunas personas del castillo que habian oido hablar con admiracion del Bonzo de Europa, le convidaron á que fuese á saludar á su Príncipe, asegurándole que tendria mucho gusto en ver á un extranjero tan célebre. No creyó el apóstol que debia perder una ocasion tan favorable para publicar el Evangelio, y desde la primera conferencia, en la que fue tratado con grande afabilidad, anunció al Dios Supremo y á su Hijo Jesucristo. Hizo tal impresion en los criados del

Príncipe y en los soldados de la guarnicion que se hallaban presentes, la luz que por primera vez resplandecia á sus ojos, que al momento pidieron el bautismo diez y siete de ellos. Despues de haberlos instruido bien y disipado algunas dudas que le propusieron, los bautizó Javier en presencia de Ekandono. Pensaban los demás imitar su eemplo, y lo hubieran egecutado desde luego, si el Príncipe no se lo hubiese impedido por política, temiendo incurrir en la indignacion del Rey de Sajuma, que era su Soberano. Pero en su interior quedó tan persuadido de la verdad, que permitió que bautizasen secretamente á su muger y á su hijo primogénito, ofreciendo que tambien recibiria el bautismo, y se declararia cristiano luego que pudiese hacerlo sin ningun riesgo. ¡Triste suerte de los grandes, que han de estar siempre mas distantes del reino de Dios que los hombres de la clase comun á quienes tienen ellos por desgraciados!

Uno de los que habian abrazado la fe era el mayordomo de Ekandono, hombre de avanzada edad y de una probidad y prudencia acreditada. Le encargó Javier el cuidado de aquella nueva cristiandad, le dejó por escrito las oraciones ordinarias de la Iglesia, con una coleccion de instrucciones fáciles, y señaló en el palacio un lugar á propósito para que se reuniesen los fieles. Recomendó al piadoso mayordomo que diese entrada franca á los paganos, que leyese á unos y á otros todos los domingos alguna parte de la doctrina cristiana, y que hiciese cantar los salmos penitenciales todos los viernes, y las letanias de los Santos

todos los dias. Se egecutó todo puntualmente, y fructificaron de tal manera aquellas semillas de piedad, que no solo se aumentó mucho el número de los fieles, sino que siendo éstos inocentes en las costumbres, modestos en el porte exterior, dedicados á la oracion, caritativos y afectuosos unos con otros, y severos consigo mismos, hasta usar de las maceraciones propias del claustro, manifestaron en su sociedad todo el fervor de una comunidad regular, ó por mejor decir, toda la perfeccion de la primitiva Iglesia. Habiéndose preguntado á uno de aquellos neófitos qué responderia al Rey si le mandase renunciar el cristianismo, dijo que le responderia con resolucion: „Señor, sin duda quereis que os sea fiel; que esté pronto á esponer mis bienes y mi vida por serviros; que sea moderado con mis iguales; afable y benéfico con mis inferiores; obediente á mis amos, y justo con todo el mundo. Pues mandadme que continúe siendo cristiano, porque nadie sino el cristiano es todo esto.” Aunque no habia abandonado Ekandono la idolatría, asistia á estas juntas piadosas, y quiso que recibiesen el bautismo dos hijos que tuvo despues.

24. El Rey de Firando, que era amigo de los portugueses, recibió con mucho agrado á los misioneros, contribuyendo á esto la circunstancia de haberlos obligado á salir de sus dominios el Rey de Sajuma, su enemigo; y como la mayor satisfaccion de aquellos varones apostólicos consistia en la conquista de las almas, les concedió un poder ilimitado para anunciar

el Evangelio en todo su reino. Salieron inmediatamente á predicar por la ciudad, y fue tan copioso el fruto que cogieron, que en veinte dias bautizó allí Javier mas infieles, que en un año entero en Cangoxima. Como este apóstol anhelaba únicamente por cruces y trabajos, encargó esta mies fácil á su compañero Torres, y formó la resolucion de ir á Meaco, capital de todo el imperio japon, del que dependian los muchos Reyes que gobernaban sus varias regiones, y desde donde podria estenderse con mas facilidad el nombre de Jesucristo por todo aquel pais. Pasando por Amanguchi, ciudad célebre por las minas de plata que atraian á los habitantes de todas las naciones, derramó allí las primeras semillas del Evangelio, las cuales produjeron poco fruto por entonces; pero sabiendo el Santo que la lentitud con que crece este género divino no disminuye su vigor y actividad, esperó con fe, como en otras muchas ocasiones, los momentos señalados por el Señor. Por tanto, desde Amanguchi hasta Meaco, que dista quince dias de camino, anunció constantemente á Jesucristo en las ciudades y aldeas, sin acobardarse jamás por los desprecios, insultos, malos tratamientos y el furor del pueblo, que llegó un dia al extremo de sacarle arrastrando fuera de la ciudad para apedrearle. Ya tenian los asesinos las piedras en la mano, cuando declarándose el cielo á favor de su ministro, envió una tempestad horrorosa que les hizo huir precipitadamente.

Además de esto, padeció en el camino unos

trabajos y peligros, de que no podemos formar idea cabal los europeos. En el corazon del invierno, que es horrible en el Japon, donde los huracanes son poco menos peligrosos en algunos terrenos elevados que en el mar; donde cae la nieve con tal abundancia, que solo se comunican los habitantes de las ciudades y aldeas por subterráneos, ó por corredores cubiertos, y donde, en los espacios intermedios, no se vé otra cosa que selvas espantosas, herizadas de témpanos de hielo pendientes de los árboles, los cuales amenazan continuamente á los que pasan por debajo; montes escarpados, y torrentes impetuosos que se precipitan en los valles, y dejan inundada una gran porcion de pais, Javier y sus tres compañeros, mal vestidos para guarecerse de un frio insoportable, caminaban por lo comun descalzos para pasar los arroyos, llevando áuestas sus pocos utensilios, y sin mas provision para mantenerse que un poco de arroz tostado. Pero lo peor de todo era, que un japon convertido que les servia de guia, se estraviaba á cada paso, de suerte, que muchas veces se veian precisados á andar errantes por encima de la nieve sin descubrir ningun camino, á atravesar arroyos temibles, y á trepar por rocas que les presentaban mil precipicios horrorosos, sin que ninguno de estos trabajos y peligros fuese capaz de abatir su constancia. ¡Tan grande es la estimacion que hacen de las almas los apóstoles, y el valor de la fe que nosotros estimamos tan poco! Hallándose Javier en el mayor apuro, y no sabiendo qué camino seguir, encontró un japon

á caballo que iba hácia Meaco y se ofreció á llevarle la balija ó maleta, si le permitia ir detrás de él. Aceptó la oferta el cruel japon, continuó su camino como si no fuera nadie con él, y anduvo tan de prisa, que el Santo no dejó de correr en casi todo el dia. Solo el heroísmo de Javier pudo elevarle de este modo sobre la naturaleza. Sus compañeros le siguieron muy á lo lejos, y cuando llegaron á incorporarse con él, advirtieron que tenia los pies ensangrentados y las piernas tan hinchadas, que se le abrieron por muchas partes. Sin embargo de esto, fue el primero que los exhortó á tener paciencia, y volvió á ponerse en camino como si nada hubiese padecido.

Los frutos que cogió por sí mismo en Meaco, no hubieran sido bastantes para compensarle las penalidades que habia sufrido en el viage, si no hubiese considerado los trabajos como una verdadera ganancia, especialmente cultivando la viña del Señor; pues así son el principio mas eficaz de la fecundidad. Agitada Meaco con disturbios y confusiones, como que todos los Reyes inmediatos se habian coligado contra su Cubosama ó Emperador, estaba muy distante de dar oidos á la palabra de Dios. En quince dias que estuvo allí el Santo, no pudo conseguir el ver á ningún gefe del imperio ni de la religion. Pero se consoló con la reflexion, de que á lo menos habia llevado el nombre de Jesucristo á la ciudad mas idólatra del mundo, y con el conocimiento profético que tenia de los frutos que habian de coger en ella muy pronto los predicadores, á quienes abria el camino. Volvió

por mar á Amanguchi; y volviendo continuamente los ojos á la soberbia ciudad de Meaco, nombre que significa *digno de verse*, gemía por su grandeza pasada y por su insensibilidad presente, suplicando al cielo que abreviase el momento de sus misericordias.

25. Ya las habia experimentado Amanguchi, por que luego que volvió á presentarse en esta ciudad el siervo de Dios, se vió rodeado de una infinidad de personas que le pedian las instruyese en la verdad. En poco tiempo llegó el número de fieles á mas de tres mil, entre los cuales habia muchos grandes y literatos, que solo se rendian despues de una conviccion perfecta. No hacia menos impresion en los corazones la afabilidad inalterable de Javier y de sus compañeros, que sus frecuentes milagros. Estando su cooperador Fernandez instruyendo al pueblo en uno de los parages mas concurridos de la ciudad, se acercó á él un hombre despreciable, como si fuese á hacerle una pregunta, y le escupió en la cara. Sin hablar ni una palabra el misionero, y sin manifestar la menor alteracion, se limpió, y continuó su discurso. Los japoses, que son naturalmente reflexivos y escelentes jueces en todo lo que es relativo á grandeza de alma, comprendieron que una religion que hacia al hombre tan superior á sí mismo, no podia menos de proceder del cielo. Así discurrió uno de los principales de la asamblea, el sábio mas famoso de Amanguchi, el cual pidió inmediatamente el bautismo. Este egemplar produjo todos los buenos efectos que podian esperarse de él. Se introdujo la desercion

entre los mismos bonzos, y á lo menos los mas jóvenes, que conservaban todavía algun resto de pudor y de rectitud, abandonaban su profesion vergonzosa, y corrian á revelar al Santo los misterios abominables de su secta. Obstinados los demás en el crimen, se mostraron mas furiosos que nunca; y así en Amanguchi como en todo el Japon, opusieron á los progresos del Evangelio la impostura, la rabia, las maquinaciones sanguinarias y violentas, las sediciones y la rebelion declarada, en una palabra, todos los medios que por razon natural debian servir para los fines que se proponian, y cuya insuficiencia manifestó mas á las claras la preeminencia divina de la verdad.

26. A pesar de las ficciones y de todas las calumnias de los bonzos, maestros incomparables en el arte de denigrar á un enemigo, se habia estendido la reputacion de Javier por todos los reinos inmediatos, donde escitaban la curiosidad general las noticias que se recibian del gran Bonzo de Europa. En el reino de Bongo, cuya capital, llamada Funai, dista como unas cincuenta leguas de Amanguchi, reinaba un Príncipe de bella índole, de mucho ingenio y penetracion, de una prudencia muy superior á su edad, sumamente generoso, benéfico, afable y atento. Informado Javier de estas disposiciones, supo tambien que estaba anclado un navío portugués en el puerto de Jigen, á una legua de Funai. Se aprovechó, sin perder momento, de una ocasion tan oportuna para estender el reino de Dios, y marchó á aquella nueva conquista,

dejando encargados al padre Torres los cristianos de Amanguchi. El dia de la llegada de Javier fue para los portugueses de Jigen un dia de fiesta y de alegría. Le recibieron en triunfo, tremolando todos sus pabellones, y haciendo cuatro descargas consecutivas con toda su artillería. Habiéndose oido el estruendo en palacio, envió el Rey un cortesano para saber cuál era la causa de aquella novedad. Se le dijo que todos aquellos honores se tributaban á un hombre que solo respiraba pobreza, y que los portugueses se tenian por mas dichosos en poseerle, que si estuviese su navío lleno de barras de oro. Era este un enigma inexplicable, segun las ideas comunes de los japoneses, los cuales miran á la pobreza como el vicio mas vergonzoso; pero el Rey discurrió, y se esplicó de muy distinto modo. „En verdad (esclamó) que ha de ser muy grande el Dios de estos extranjeros, pues hace respetable en un amigo suyo, lo que miran con horror los demás hombres. Y bien considerado, tienen los portugueses mas razon que nosotros. No: la pobreza voluntaria no es despreciable, y aun hablando con propiedad, no se la debe dar el nombre de pobreza. No podemos llamar pobre á aquel á quien estos ricos conquistadores están prontos á dar cuanto desee de sus tesoros, pues si carece de riquezas, es porque las desprecia.” La conclusion del Príncipe fue convidar al Santo con términos de afecto, respeto y sumision, á honrarle con la presencia de un amigo del cielo, cuya vista le seria tan agradable como la primera sonrisa de un niño á su madre, ó como una